Habitar
LOS CUIDADOS



Entidad responsable del audiolibro: Associació Andiara
Coordinación y redacción: Abril Iriani Bordas
Revisión y corrección lingüística: Maria Gomila Pere
Maquetación: Celeste Rodríguez de Bobes
Ilustración de portada: Abril Iriani Bordas
Ilustración relatos I y II: Jessica Rivas
Ilustración relato III: Adriana Forteza Alomar
Ilustración relato IV: Amanda González Rojas
Ilustración relato V: Mireia Cabaní
Ilustración relato VI: Coty Borio

Este audiolibro ha sido realizado por la Asociación Andiara en el marco del proyecto «Comunitats que cuiden III: sostenir la vida col·lectivament», que cuenta con el apoyo de la Dirección General de Inmigración y Cooperación al Desarrollo del Govern de les Illes Balears.

andiara

Vicepresidència Segona i Conselleria de Presidència, Coordinació de l'Acció de Govern i Cooperació Local
Direcció General d'Immigració i Cooperació al Desenvolupament

Esta licencia permite copiar y distribuir el material en cualquier medio o formato **únicamente en forma no adaptada, exclusivamente con fines no comerciales y siempre que se atribuya la autoría a la persona creadora.**

BY: Debe reconocerse la autoría de la obra.
NC: No se permite el uso comercial de la obra.
ND: No se permiten obras derivadas ni adaptaciones de la obra.

INTRODUCCIÓN

Hay historias que suceden cada día a nuestro alrededor, pero que a menudo nunca llegamos a escuchar. Historias de mujeres que se levantan cuando todavía está oscuro, que cuidan, que acompañan, que limpian casas mientras sus hijos crecen a miles de kilómetros, que comparten habitación porque no pueden permitirse una vivienda propia, o que intentan abrirse camino en una ciudad desconocida mientras buscan trabajo, estabilidad y una vida que les permita mirar hacia el futuro.

Este audiolibro nace para acercarnos a estas historias y, sobre todo, para escucharlas.

Las seis mujeres que aparecen en él tienen edades, orígenes y trayectorias diferentes. Algunas llegaron a Mallorca huyendo de la pobreza; otras, de la violencia o de situaciones que ponían en riesgo sus vidas. Hay quienes dejaron atrás a sus hijos, a sus madres, a sus parejas y toda una vida construida. Todas, de una manera u otra, han tenido que aprender a empezar de nuevo.

Sus historias hablan de migración, de trabajo y de añoranza. Hablan de la precariedad y de la incertidumbre, de la vulnerabilidad de no tener un hogar estable o una situación administrativa regularizada, pero también de la capacidad de seguir adelante, de formarse, de encontrar a otras mujeres y de construir, poco a poco, nuevos caminos.

Estas historias son reales. Han sido construidas a partir de seis entrevistas con mujeres que quisieron compartir fragmentos de sus vidas. A partir de las conversaciones y de los testimonios grabados, sus palabras se han convertido en los relatos que vais a escuchar.

Desde la Asociación Andiara, hace años que investigamos y trabajamos en torno a la realidad de las mujeres migrantes que trabajan en el ámbito del hogar y los cuidados en Mallorca. Este audiolibro forma parte de este recorrido, pero nace, sobre todo, de la escucha y de la voluntad de trasladar estas historias con respeto, empatía y cuidado.

Las voces son una parte esencial de este proyecto. En la versión en castellano, las protagonistas narran sus historias con su propia voz. Porque escucharlas no consiste únicamente en conocer lo que han vivido, sino también en acercarnos a su manera de recordarlo, de sentirlo y de ponerlo en palabras.

Cada relato va acompañado de una pieza artística creada por una artista diferente. Las artistas han escuchado estas historias y se han inspirado en ellas para crear, desde su propia mirada, obras sensibles y personales. El proceso ha sido también una conversación: un espacio para compartir impresiones, preguntas, reflexiones y distintas maneras de mirar aquello que las historias despertaban.

Estas son seis historias diferentes, pero unidas por muchos hilos: la necesidad, el trabajo, los vínculos, los cuidados y la capacidad de seguir construyendo vida incluso en las circunstancias más difíciles. Ahora os invitamos a escucharlas.

ÍNDICE

La historia que vive en nosotras

RELATO I 7

RELATO II 10

La vida entre puertas ajenas

RELATO III 14

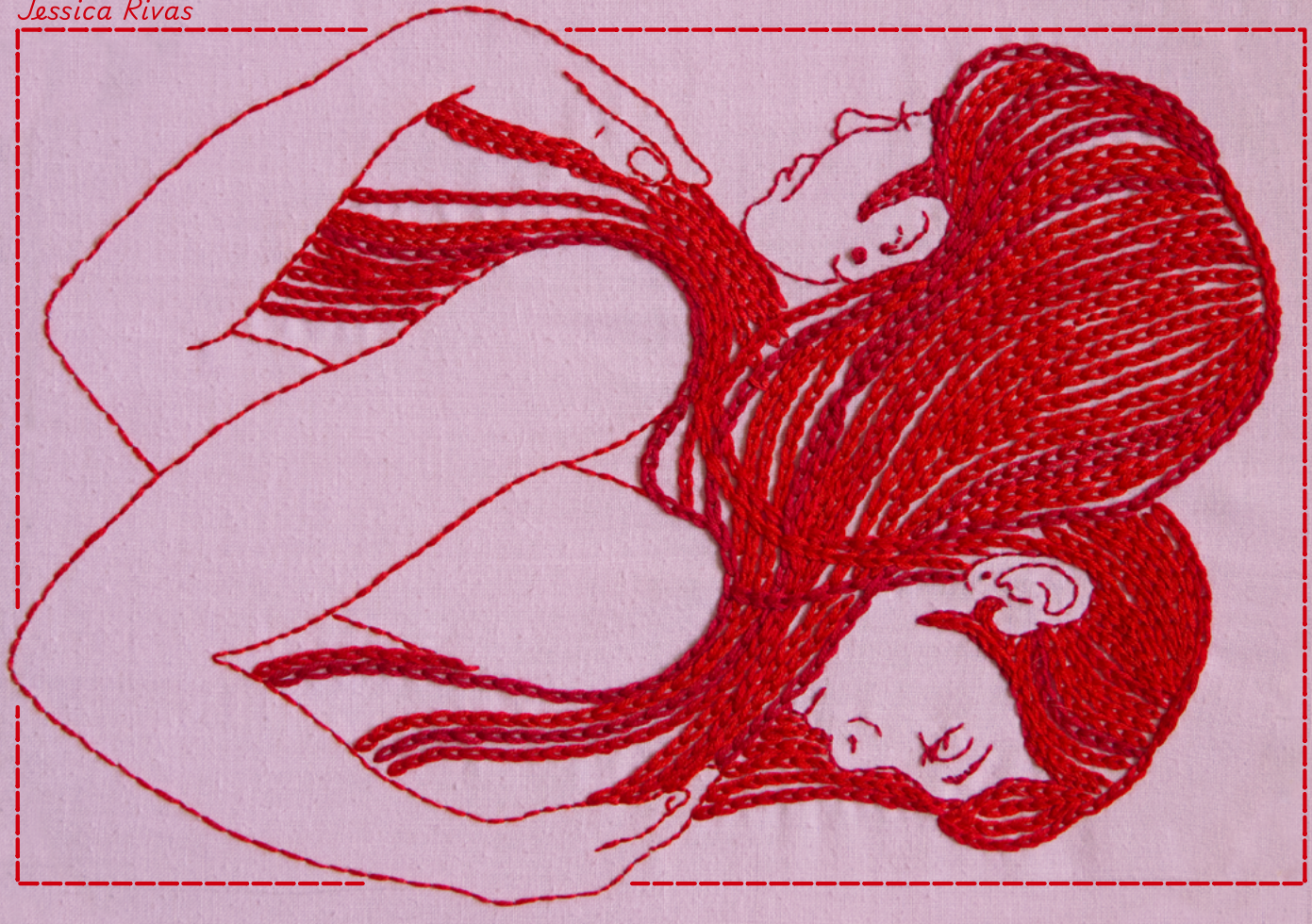
RELATO IV 19

El hogar que me protege

RELATO V 24

RELATO VI 30

Jessica Rivas



La historia que vive en nosotras



La historia que vive en nosotras
RELATO I

RELATO I

Si tengo que decir quién soy, diría que soy una mujer luchadora que ha aprendido a sostenerse incluso cuando todo a su alrededor se tambaleaba. No como algo extraordinario, sino porque no tuve otra opción.

Vengo de Bolivia, de una familia grande, y siendo todavía una niña mis padres tomaron una decisión que tardé años en comprender: me mandaron a Chile a trabajar. Tenía once años cuando salí de casa con mi tío para encontrarnos con mi tía, que nos esperaría allí. A esa edad no sabía lo que significaba migrar ni entendía de fronteras o papeles; solo sabía que me alejaba de casa y que tenía que confiar.

El viaje fue largo, caminando más de siete días entre montañas y paisajes de arena, donde cada paso pesaba y parecía no avanzar. Pero pasaron los días y al fin llegamos a Azapa, tras tantos kilómetros recorridos a pie.

Al llegar, ni siquiera encontramos a la tía con la que iba a quedarme. Durante meses estuve trabajando en casas ajenas cuidando a una niña, viviendo como interna, aprendiendo sin darme cuenta a adaptarme a lo que viniera. Tenía once años y ya sabía lo que era trabajar y depender de otros sin tener un lugar donde volver al final del día.

Con el tiempo encontré a mi tía, pero tampoco eso significó estabilidad. Sin papeles no podía estudiar, y aunque no entendía del todo qué significaba, sí sentía que algo importante se me escapaba. Así que seguí trabajando, aprendiendo de la vida como podía, haciendo números en una tienda, cosiendo, cuidando, siempre moviéndome.

Años después volví a Bolivia. Me casé, tuve dos hijos y traté de construir algo más firme, algo que se pareciera a quedarse. Pero la vida otra vez empezó a apretar por el lado económico, y cada mes era un poco más difícil que el anterior. Mi marido y yo trabajábamos mucho, pero el dinero no nos llegaba para cubrir los gastos, y cuando las deudas empezaron a crecer entendí que estábamos en ese punto en el que no decides desde el deseo, sino desde la necesidad.

Entonces tomé una decisión que nunca imaginé tener que tomar: irme yo.

En el pueblo varias amigas hablaban de lo bien que se vivía en España. Además, una amiga en común hacía años que había migrado a Mallorca, así que junto a mi prima decidimos venirnos para aquí, dejando a nuestras familias atrás. Quizás en ese momento pude entender lo que mi madre sentiría cuando tuvo que enviarme a Chile a trabajar.

Dejar a mis hijos fue lo más duro que he hecho. No hay forma de explicarlo sin que duela, porque no es solo la distancia, es la incertidumbre constante, la sensación de no estar cuando deberías estar.

Me fui con la idea de que sería temporal, de que trabajaría, ahorraría dinero para pagar lo que debíamos y volvería. Siempre pensé en volver. Y así llegamos a Mallorca, con lo justo y con la mirada puesta siempre en nuestra tierra y nuestros hijos, aceptando el trabajo que había, que era cuidar.

Empecé cuidando a una mujer mayor, viviendo en su casa, teniendo que adaptarme a una realidad que no era la mía, a un idioma que no entendía, a un ritmo distinto. En aquella época no tenía red de ningún tipo más que a mi amiga y a mi prima, que también trabajaban cuidando a otras personas en otros pueblos, pero con las que apenas podía verme.

Y así pasaron los primeros días, las primeras semanas, los primeros meses. Trabajaba y pensaba en mis hijos. Trabajaba y enviaba dinero. Trabajaba y contaba los días para volver a encontrarme con mi familia.

Al cabo de unos meses llegó mi marido, pero nuestros hijos seguían lejos, y esa ausencia no se llenaba con nada. Había días en los que sentía que todo lo que hacía tenía sentido solo por ellos, y otros en los que el cansancio me hacía dudar de todo. Aun así, seguimos. Encontramos una casa, nos empadronamos, mi marido encontró trabajo como albañil, y poco a poco fuimos construyendo algo más estable.

No fue fácil, pero encontré ayuda en personas que aparecieron en el camino casi como un regalo. Gente de aquí que, sin ser familia, decidió estar a nuestro lado y ayudarnos. Con la ayuda de unos vecinos que escribieron una carta de invitación, pudimos traer a nuestros hijos, y cuando por fin llegaron después de dos años sin verlos, sentí que algo se recolocaba dentro de mí. No era que todo estuviera bien, pero al menos ya no estábamos separados.

Fue en ese momento cuando pasó algo inesperado: me quedé embarazada. Por miedo a que la familia con la que trabajaba me despidiera, oculté mi embarazo durante seis meses hasta que no pude ocultarlo más. Mi sorpresa fue que la noticia fue muy bien recibida en la familia, y estuvieron a mi lado durante todo el proceso. Eso sí, yo trabajé hasta el mismo día del parto.

Con el paso de los años logramos pagar la deuda que teníamos en Bolivia y pudimos regularizar nuestra situación gracias al proceso de regularización extraordinaria que tuvo lugar en 2005, y eso nos dio la tranquilidad y la paz que durante tanto tiempo habíamos estado buscando.

RELATO II

Yo crecí escuchando esa historia como si fuera algo que había pasado antes de mí, como si perteneciera a otro tiempo que no me tocaba del todo. Pero la verdad es que esa historia también es mía, solo que empieza en otro punto.

Cuando mi madre decidió irse a España, yo tenía doce años, y aunque ahora puedo entender por qué lo hizo, en ese momento lo viví desde un lugar mucho más simple: mi madre se iba.

No fue una decisión repentina, eso sí lo recuerdo bien; ella me fue preparando poco a poco, me hablaba de España, me enseñaba un mapa donde señalaba una pequeña isla y me decía que se iba a ir allí, como si ponerlo en palabras hiciera la distancia más manejable. Me prometió que volvería antes de mis quince, y yo me agarré a eso sin cuestionarlo demasiado.

Durante los dos años que estuvimos separadas pasaron muchas cosas. Estando en Bolivia, cambié de ciudad, de entorno, de rutina, y sin darme cuenta fui acumulando pequeños desplazamientos que, cuando llegó el momento de irme yo también, pesaban más de lo que parecía. Porque cuando finalmente mis padres me dijeron que tenía que ir a España, mi primera reacción no fue ilusión, fue resistencia. Yo no quería irme. No quería empezar otra vez en un lugar donde no conocía a nadie, donde todo era distinto y donde, en el fondo, sentía que no había elegido estar.

Llegué a Mallorca con catorce años junto con mi hermano pequeño, y una mochila en la que había metido algo de ropa y un cuaderno. No traje nada más porque en mi cabeza aquello no era un traslado, era una visita larga, algo temporal. Me repetía que volvería, que no era nada definitivo.

Pero iban pasando los meses, y la idea de volver parecía cada vez más lejana. Hasta que un día mi madre me dijo que estaba embarazada, y me pidió que me quedara con ellos, que me necesitaba a su lado. Y así fue como un viaje que pensé que iba a ser temporal acabó siendo el viaje que me cambió la vida.

A los pocos meses de estar aquí, en Mallorca, empecé a estudiar en el instituto. Como en casa necesitábamos dinero para cubrir los gastos que teníamos tanto en España como en Bolivia, tuve que compaginar los estudios con el trabajo. Y así empecé a trabajar en el cuidado de personas mayores, un trabajo que realicé desde los catorce hasta los veinte, haciéndome cargo de todo lo que implica cuidar a alguien dependiente.

Fue en ese trabajo donde viví una de las experiencias más complicadas de mi vida. Nunca olvidaré la noche en que una de las mujeres a las que cuidaba murió a mi lado. Estaba sola en la casa, y de repente empecé a escucharla gritar con una voz que parecía venir de muy lejos, como si estuviera atravesando algo que yo no podía ver. Luego, de un momento a otro, se quedó en silencio. Cuando me acerqué, ya había fallecido. Yo era muy joven y no estaba preparada para algo así. Me había encariñado con ella, había construido un pequeño vínculo en medio de todo lo que me resultaba nuevo y extraño, y de pronto ese lazo se rompió sin aviso. Me costó mucho superar aquella noche; aún hoy la recuerdo con una tristeza que no se termina de ir.

Cuidar a una persona mayor exige una fortaleza que yo entonces no sabía que iba a necesitar, porque una parte de ti entiende que algo así puede pasar, pero otra nunca está lista del todo. Y quizá por eso, en los meses que siguieron, todo me pesaba el doble. No solo estaba lidiando con un país nuevo y una vida que no había elegido, sino también con esa experiencia que me había marcado de una forma que no sabía cómo nombrar.

Recuerdo que en aquella época yo no entendía del todo el idioma, pero más allá de eso, lo que no entendía eran las dinámicas, las conversaciones, las preocupaciones de los demás... En el instituto sentía que había una distancia enorme entre mis compañeras y yo, que hablábamos desde lugares distintos, como si no compartiéramos el mismo suelo. Nadie parecía haber pasado una situación similar a la mía, y esa sensación no me gustaba.

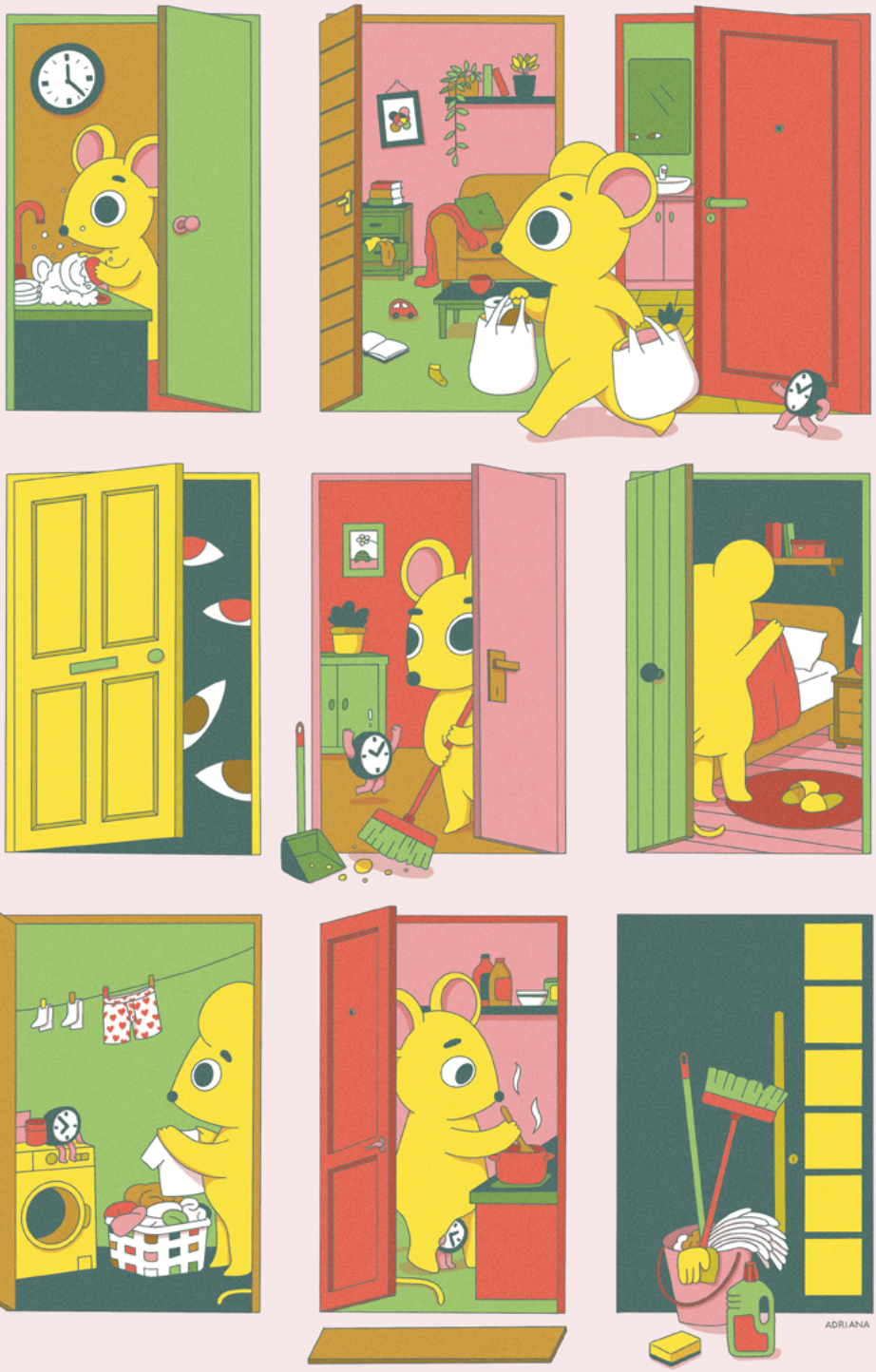
Durante meses quise volver a Bolivia. Lo decía, lo repetía, lo pensaba cada día. Y mi madre, que había luchado tanto para traernos, tenía que sostener también eso: mi rechazo. Ahora lo entiendo de otra manera, pero entonces solo veía mi incomodidad y mi sensación de no pertenecer.

El tiempo, sin embargo, hace cosas extrañas. No cambia de golpe, pero va colocando pequeñas piezas sin que una se dé cuenta. Al empezar el bachillerato encontré algunas personas con las que pude conectar. Empecé a hacer pequeños espacios habitables dentro de un lugar que al principio sentía completamente ajeno.

Cuando, al cumplir dieciocho años, viajé a Bolivia a visitar mi tierra, pensé que todo volvería a encajar, pero me di cuenta pronto de que tampoco pertenecía del todo a ese lugar. Era como si la vida allí hubiera seguido sin esperarme, y durante mucho tiempo tuve la sensación de estar en medio, de no ser de aquí pero tampoco de allá. Y entonces entendí algo que no había podido ver antes: que mi historia no era una ruptura, sino una suma.

Hoy, cuando me preguntan quién soy, no puedo responder con un solo lugar. Soy de donde he estado, de lo que he vivido, de lo que me ha dolido y de lo que he podido reconstruir. No me siento ni de aquí ni de allá, pero me siento de todos lados. Durante mucho tiempo esto me pesó, pero ahora lo veo como algo que también me sostiene.

Y ahora, cuando escucho la historia de mi madre, ya no la siento como algo que ocurrió antes de mí, sino como el principio de algo que, sin saberlo, también me estaba construyendo como persona.


ADRIANA

La vida entre puertas ajenas



La vida entre puertas ajenas
RELATO III

RELATO III

Siempre me quedo un momento en silencio cuando me preguntan quién soy. La verdad es que me resulta difícil condensar toda una vida en pocas palabras.

Me considero una persona empática, de las que se ponen en el lugar del otro casi sin pensarlo, y que ha aprendido a reírse mucho, no porque la vida haya sido fácil, sino porque a veces la risa es una de las pocas cosas que te permite seguir adelante aunque el entorno sea complicado. Con el tiempo también me he ido acercando a una forma de entender la vida más espiritual, creyendo que cada persona carga con su historia, que no todo el mundo tiene que ver las cosas como yo para merecer respeto.

Soy de Colombia, de Antioquia, de un pueblo que siempre nombro con orgullo: Santa Rosa de Osos. Allí tenía mi vida, mi familia, mis amistades, un entorno que conocía y en el que me sentía ubicada, aunque económicamente las cosas nunca terminaran de funcionar. Trabajaba como asesora comercial, pero el dinero no me alcanzaba, y cada mes se hacía más difícil que el anterior, hasta que llegó un momento en el que entendí que no podía seguir así, que tenía que tomar una decisión que no nacía de lo que quería, sino de lo que necesitaba. Y así fue como llegué a Mallorca.

Dejé atrás a mis hijos, a mi madre, a mi nieta, a mis amigos, con la idea de que aquello sería temporal, de que vendría, trabajaría, pagaría mis deudas y volvería, pero ya desde el inicio todo empezó a sentirse más complejo de lo que había imaginado.

Para poder venir tuve que pedir prestados mil euros, además del dinero que logré reunir para comprar el billete de avión. Eso significaba empezar esta etapa ya con una presión económica encima, con esa sensación de tener que responder no solo por mí, sino también por quienes se habían quedado allí, esperando que yo pudiera sostenerles desde la distancia.

El primer trabajo que conseguí fue de limpieza, por seiscientos euros al mes, una cantidad que en ese momento acepté sin cuestionar, porque lo importante era empezar. Pero cuando al final del mes me pagaron solo la mitad de lo acordado, sentí por primera vez que algo no encajaba y que la realidad que me esperaba iba a ser más complicada de lo que había imaginado. En aquel momento compartía piso con otras cuatro personas y pagaba trescientos euros por una habitación compartida, así que era imposible salir adelante. Entre la comida, el transporte, el teléfono y el dinero que tenía que enviar a mi familia, me sentía cada vez más ahogada. Tenía que enviar más de ochocientos euros al mes a Colombia, porque mi familia dependía de mí, y eso significaba que no podía parar, que no podía permitirme descansar.

Así empecé a compaginar trabajos, uno detrás de otro, sin horarios claros, sin estabilidad, pasando de una casa a otra, llegando a trabajar en tres casas en un mismo día y hasta en diez diferentes en una semana. Salía de casa a las ocho de la mañana y volvía a las diez o a las once de la noche. Me movía siempre en autobús, comiendo cuando podía, muchas veces en un banco, en una plaza, en cualquier espacio entre un trabajo y otro. Tenía la sensación de que el día nunca terminaba realmente, sino que simplemente se encadenaba con el siguiente.

Pero lo más difícil no era solo el cansancio físico, sino la incertidumbre. No tener contrato ni un horario fijo, no saber si al día siguiente habría trabajo o cuánto iba a ganar, me obligaba a vivir al día, sin poder prever nada.

Esa inestabilidad constante hacía que sintiera que no podía apoyarme en nada firme, como si todo estuviera fuera de mi control.

A medida que cambiaban los trabajos, también cambiaban los lugares donde vivía. Pasaba de un piso a otro, de una habitación a otra, muchas veces en condiciones que nunca habría imaginado aceptar. Dormí en una habitación sin puerta, donde ni siquiera podía hablar por teléfono con tranquilidad. Dormí en una habitación donde había una cámara apuntando hacia la cama. Dormí en media cama alquilada por ciento cincuenta euros, compartiendo colchón con una mujer a la que apenas conocía. Dormí en casas donde hombres se paseaban desnudos cuando yo salía de la ducha, obligándome a vivir con miedo, a atrancar la puerta, a esperar a que hubiera alguien más en casa para poder ir al baño sin sentirme en peligro.

Y, aun así, al día siguiente tenía que levantarme y seguir trabajando.

En las casas donde trabajaba, la situación tampoco era agradable. Recuerdo un caso especial, en una casa en la que trabajaba cuidando a una señora mayor, primero por horas, luego jornadas completas, siempre sin contrato. Yo la cuidaba con cariño, pero el entorno era difícil. Su marido controlaba todo, medía la comida, vigilaba los tiempos, como si cada pequeño descanso fuera un exceso. Esa vigilancia constante me generaba una tensión que se me acumulaba en el cuerpo. Sentía que estaba siendo observada incluso cuando no lo estaba.

Fue en ese periodo cuando empecé a notar el desgaste y empecé a enfermar. La rodilla me dolía de tanto subir y bajar escaleras, de cargar peso, de limpiar sin descanso, y la ansiedad empezó a aparecer de una forma que no conocía. Me faltaba el aire, sentía que me iba a desmayar, que me iba a morir en cualquier momento. Mi cuerpo estaba cansado, pero parar no era una opción.

A todo eso se sumaba la distancia con mis hijos, que pesaba de una forma que no siempre se puede explicar. No es solo echarles de menos, es sentir que su vida sigue sin ti, que crecen, cambian y viven cosas importantes mientras tú no estás ahí para verlo. Es hablar por teléfono y notar que algo se queda corto, que hay abrazos, miradas y momentos que no caben en una llamada, y que, por mucho que lo intentes, hay una parte de la vida que no

puedes acompañar desde la distancia. Durante mucho tiempo viví con esa sensación, como si todo el esfuerzo tuviera sentido, pero al mismo tiempo dejara un vacío difícil de llenar.

Pero poco a poco, casi sin darme cuenta, empezaron a aparecer pequeños cambios en mi vida. Conocí a mi actual pareja, y con él llegó algo que hacía tiempo que no sentía: la posibilidad de compartir, de descansar un poco en otro, de no tener que sostenerlo todo sola. Con él empecé a sentir que la vida no era solo resistir, que también podía haber espacio para el cuidado, para el afecto, para algo que no estuviera marcado únicamente por la necesidad.

Y, al mismo tiempo, también fui construyendo vínculos en otros espacios de mi vida. En los encuentros con otras mujeres migrantes en los que participo a través de Andiara, encontré algo que hasta entonces no había tenido: un lugar donde poder hablar con tranquilidad, donde poder decir «esto me ha pasado» sin sentirme juzgada, sin tener que explicarlo todo desde el principio. Poder compartir, escuchar y reconocerme en otras historias fue como quitarme un peso de encima, como empezar a entender que aquello que me estaba pasando no era solo mío.

Hoy mi vida sigue siendo exigente. Sigo trabajando muchas horas, sigo moviéndome de un lugar a otro intentando que todo encaje. Pero hay algo que ha cambiado. Ahora tengo el apoyo de mi compañero, de amistades que he ido construyendo con el tiempo, y eso hace que todo se sienta un poco más llevadero. Después de un año y medio gestionando mi regularización, he conseguido obtener un permiso de residencia y de trabajo por cinco años, mediante el arraigo por pareja de hecho. Eso me da una sensación de horizonte y una satisfacción enorme.

En medio de todo, también he empezado a hacer algo que antes no hacía: buscar pequeños espacios para mí, incluso en los trayectos de autobús o en esos momentos entre un trabajo y otro, para formarme, para pensar en algo más allá de la supervivencia y sentir que estoy construyendo un futuro, aunque sea poco a poco.

Y en todo este proceso hay algo que no he perdido, y que me niego a perder: el humor, la empatía y las ganas de seguir mirando la vida con alegría.


Colombia
migrar
maleta
costura
aspirar
26

RELATO IV

Soy de Colombia, y durante mucho tiempo pensé que mi vida se quedaría allí, en ese lugar donde había construido mi rutina, mi casa, mi trabajo y una forma de estar en el mundo que conocía bien, aunque no fuera perfecta.

Sin embargo, poco a poco la situación fue cambiando, sobre todo por el peso de una hipoteca que empezó a condicionar cada vez más mis decisiones, hasta el punto de hacerme plantear algo que nunca había estado realmente en mis planes: migrar.

Mi hermana llevaba tiempo viviendo en Mallorca, y verla más o menos estable despertó en mí la idea de mudarme, aunque en realidad tenía muchas dudas. No fue una decisión tomada desde la calma, sino desde la intuición de que quizá aquí podría ordenar mi situación económica y darme un respiro.

Vine con una maleta pequeña, con lo justo, con la idea muy clara de que aquello sería temporal, de que venía con un objetivo concreto: pagar mi casa, y que después podría decidir con más calma qué hacer con mi vida. Pero desde los primeros días entendí que la realidad aquí era distinta.

Recuerdo muy bien el impacto de cosas pequeñas, como entrar en una tienda y hacer el cambio mental a pesos colombianos, sintiendo que todo era mucho más caro de lo que había imaginado. Fue ahí cuando empecé a entender que no se trataba de vivir mejor, sino de aprender a sostenerse en otro tipo de equilibrio, en el que el dinero entra y sale con una rapidez que no te permite relajarte.

Muy pronto tuve que tomar decisiones prácticas, y una de ellas fue aceptar trabajos como interna, porque era la única manera de ahorrar algo mientras enviaba dinero a Colombia para pagar la hipoteca. Ese envío mensual se convirtió en una especie de compromiso silencioso que organizaba toda mi vida aquí, una responsabilidad a la que no podía fallar.

Antes de eso intenté continuar con lo que sabía hacer, buscando trabajos relacionados con la costura, haciendo arreglos y pequeñas modificaciones. Pero duró muy poco, porque las condiciones eran muy inestables y las posibilidades de formalizar un contrato eran prácticamente inexistentes. Después apareció la opción de trabajar cuidando a personas mayores en una casa, a través de una intermediaria que se quedaba una parte importante del salario. Aunque me pareció injusto, en ese momento acepté el trabajo porque no tenía margen para elegir.

Fue así como llegué a una casa donde cuidaba a un matrimonio mayor, y allí comenzó una etapa que podría describir como una adaptación constante, no solo al trabajo, sino a una forma de vida distinta, a una manera de relacionarme que al principio me resultaba ajena. Recuerdo especialmente cómo al principio me llamaban forastera, y eso me hacía sentir fatal. Esa expresión llevaba consigo una carga que me hacía sentir fuera de lugar, como si mi presencia tuviera que justificarse continuamente.

Con el tiempo fui encontrando la manera de posicionarme, de explicar cómo me sentía, de marcar ciertos límites sin romper la convivencia, y poco a poco la relación con esa familia fue transformándose. No fue un cambio inmediato, ni sencillo, pero sí fue un proceso en el que fui ganando seguridad.

Mientras tanto, la regularización era una preocupación constante para mí. No se trataba solo un trámite, sino que para mí (como para todas las personas migrantes) suponía la posibilidad de tener una estabilidad, y de dejar de vivir con esa sensación de que todo es provisional.

Me informé, pregunté, busqué distintas vías, intentando entender qué pasos tenía que dar para poder regularizar mi situación, pero pronto entendí que no depende únicamente de la voluntad de una misma. Yo ya estaba traba-

jando, trabajaba muchas horas, cumplía con lo que se esperaba de mí, pero la familia con la que estaba no quería contratarme formalmente. Y sin un contrato, todo se detenía. Ahí es cuando una empieza a ver con más claridad cómo funciona el sistema realmente. No basta con querer hacer las cosas bien, ni siquiera con estar trabajando. En gran medida, dependes de que la persona que te emplea esté dispuesta a asumir ese compromiso, y eso no siempre ocurre. Esa dependencia genera una relación desigual, en la que una acaba aceptando condiciones que no elegiría en otras circunstancias, porque lo que está en juego no es solo el trabajo, sino la posibilidad de salir adelante.

A pesar de todo, esa etapa también me permitió descubrir cosas de mí que no conocía. Aprendí a sostener ritmos exigentes, a organizarme, a cuidar con atención y responsabilidad, pero también a reconocer mis propios límites.

Por eso, en un momento dado, decidí formarme como gerocultora, porque entendí que, si iba a dedicarme a este trabajo, quería hacerlo bien, con conocimiento y con conciencia. La formación fue una experiencia importante, tanto en la parte teórica como en las prácticas, donde pude ver el cuidado desde otro lugar, más amplio, más profundo. Recuerdo especialmente el trabajo con una persona con Alzheimer, un hombre de gran tamaño que requería una atención constante y cuidadosa, y cómo ese aprendizaje me hizo entender que cuidar no es solo hacer, sino estar, sostener, acompañar.

A día de hoy sigo trabajando con la misma familia. Paso la mayoría de las noches en su casa, aunque a veces puedo salir y volver más tarde. Al principio fui yo quien decidió organizarlo así, pensando que era lo mejor para todos. Con el tiempo, sin embargo, me he dado cuenta de que esa disponibilidad constante también me limita mucho, porque mi vida acaba girando alrededor de otras personas y cada vez es más difícil separar el trabajo de lo personal.

Aun así, en medio de todo esto, he encontrado espacios que son muy importantes para mí. Uno de ellos es cuando cojo la bici, porque se ha convertido en una forma de respirar, de desconectar y de volver un poco a mí. Salgo, pedaleo y dejo que la cabeza se ordene, pensando en lo que he vivido y en lo que todavía quiero construir, y en esos momentos siento que recupero algo propio.

Hoy sigo esperando la regularización y buscando una mayor estabilidad, con la idea de poder sostenerme aquí con más tranquilidad, terminar de pagar mi piso en Colombia y, algún día, poder volver. Volver a ese lugar, a mi casa, y ver desde mi ventana esos amaneceres que tanto echo de menos.

Pero, mientras tanto, sigo aquí, aprendiendo, resistiendo y valorando cosas que antes no veía, como el simple hecho de poder respirar tranquila en una mañana o recorrer el camino a casa en la bici y sentir que, poco a poco, voy recuperando pequeños espacios de libertad.



El hogar que me protege



El hogar que me protege
RELATO V

RELATO V

Salí de Bolivia con veintisiete años, embarazada, con mi hija y con mi hermana pequeña, con la sensación muy clara de que no había muchas más opciones. En mi país la situación económica era cada vez más difícil, y yo sentía que el futuro se iba cerrando poco a poco, como si en cada intento de avanzar chocara siempre con el mismo muro.

Mi madre llevaba años en Mallorca, y fue ella quien me animó a venir, diciéndome que aquí quizá podría empezar de nuevo, que tal vez habría una oportunidad para mí y para mis hijos. Con esa idea empecé a preparar un viaje junto a mi marido.

Para salir de Bolivia confiamos en una agencia que nos prometió un viaje seguro, organizado y controlado. Nos dijeron que no tendríamos problemas, que el proceso estaba previsto de principio a fin. Íbamos a viajar mi marido y yo, y para pagar aquello vendimos prácticamente todo lo que teníamos, reuniendo unos diez mil dólares, que no eran solo dinero, sino años de esfuerzo, pertenencias, expectativas y la esperanza de que al otro lado hubiera una vida distinta.

Pero desde el principio nada fue como nos habían dicho.

Primero salimos hacia Brasil, y allí empezaron las esperas, los cambios de planes, las instrucciones confusas y esa sensación de estar en manos de otras personas que decidían por nosotras sin explicarlo todo. Al principio una intenta confiar, porque ya ha dado el paso, porque ya ha vendido lo que tenía, porque volver tampoco parece posible, pero poco a poco esa confianza se va llenando de miedo.

En un momento del camino mi pareja no pudo continuar, y me quedé sola con mi hija y con mi hermana pequeña, que entonces tenía apenas diez años. Esa separación cambió todo, porque a partir de ese momento ya no era solo una mujer embarazada intentando llegar a Europa, sino una mujer embarazada tratando de sostener también a una niña y a su propia hija en medio de un trayecto que cada vez se volvía más incierto.

A medida que pasaban los días, las exigencias de la agencia iban en aumento. Cada vez nos pedían más dinero para poder continuar el viaje, cuando ya no teníamos nada más que dar. Fue entonces cuando empecé a entender que aquello que nos habían vendido como un camino seguro era, en realidad, una estafa que nos había colocado en una situación de enorme vulnerabilidad.

Aun así, conseguí llegar a Europa, y recuerdo que al aterrizar pensé que lo más difícil ya había pasado. Después de tanto miedo, de tantas esperas, de tantas decisiones tomadas sin poder elegir demasiado, quise creer que al menos ya estábamos más cerca de la tranquilidad.

Pero no fue así. Nada más bajar del avión en Francia, en el control migratorio, todo se volvió frío. Nos hicieron preguntas, revisaron documentos, dudaron de nosotras desde el primer momento, y yo, que estaba embarazada, con mi hija enferma y con mi hermana pequeña al lado, sentí que nada de eso parecía importar lo suficiente. En ese momento tuve una sensación que todavía recuerdo con mucha claridad: la de dejar de ser una persona con una historia para convertirme en un problema administrativo.

Nos separaron, nos llevaron a dependencias policiales y revisaron todo lo que llevábamos. Yo no entendía lo que me decían porque no hablaba francés, y

esa barrera del idioma hacía que todo fuera todavía más angustiante, porque intentaba explicar mi situación, intentaba hacerme entender, pero sentía que mis palabras no llegaban a ninguna parte.

Nos llevaron a una celda fría, a mí, a mi hija y a mi hermana. Yo ya venía muy cansada, con el cuerpo cargado por el viaje, por el miedo acumulado, por la tensión de no saber qué iba a pasar en ningún momento. Estaba embarazada, y hasta entonces había ido sosteniéndome como podía, pero ahí, en ese lugar, empecé a sentir un malestar que fue creciendo poco a poco, como si el cuerpo empezara a avisar de algo que no terminaba de salir a la superficie. Intentaba mantener la calma, respirar, no preocupar a las niñas, pero empecé a sentir un dolor cada vez más intenso, que llegado a un punto no podía aguantar más. Pedí que me dejaran ir al baño, y allí me invadió un miedo muy profundo cuando vi que estaba sangrando. No sabía si estaba perdiendo el embarazo o si mi cuerpo simplemente había llegado a un límite que ya no podía sostener. En ese momento ya no había duda: necesitaba ayuda, y la necesitaba rápido.

Intenté explicarlo como pude, con palabras, con gestos, con la urgencia de quien siente que algo grave está ocurriendo dentro de su propio cuerpo. Pero la reacción que encontré fue muy distinta a la que yo esperaba. Sentía que no me estaban escuchando realmente, y que minimizaban mi dolor, como si fuera algo que pudiera esperar. Esa fue una de las partes más duras: tener la sensación clara de que tu cuerpo está en peligro y, al mismo tiempo, no ser tomada en serio, no encontrar una respuesta inmediata, no sentir que la urgencia que tú estás viviendo se reconoce fuera. El dolor seguía aumentando, cada vez más fuerte, y yo notaba cómo me iba debilitando, cómo me costaba sostenerme, mientras todo a mi alrededor parecía moverse más despacio de lo que necesitaba.

Cuando finalmente vieron la gravedad de la situación, decidieron llamar a una ambulancia. Yo pensé que entonces todo cambiaría, que por fin alguien me tomaría en serio. Pero ni siquiera entonces fue así. En el primer hospital al que llegamos me denegaron la entrada por no tener documentación. Me tuvieron que llevar a un segundo hospital, en el que también se negaron a atenderme. Llegamos a un tercer hospital, y ocurrió lo mismo.

Con el paso del tiempo, he podido poner palabras a lo que viví en ese momento. No fue solo falta de rapidez o de coordinación. Fue una forma de no ver, de no reconocer a la persona que tenían delante. Una manera de mirar atravesada por prejuicios, por desconfianza, por una distancia que hacía que mi dolor no se percibiera como urgente, como si mi vida pudiera esperar.

Y en medio de todo eso estaban las niñas. Mi hija, enferma, y mi hermana pequeña, viendo todo lo que pasaba sin entender nada, pero sintiendo el miedo. Hay una imagen que no se me borra: mi hermana, con diez años, intentando explicar a una médica que su hermana se estaba muriendo. Al verla ahí, teniendo que asumir un lugar que no le correspondía, entendí hasta qué punto estábamos solas en ese momento.

El dolor, el miedo, la sensación de abandono..., todo se mezclaba. No era solo lo que le estaba pasando a mi cuerpo, era también la forma en que estaba siendo tratada, la sensación de no ser protegida, de no estar siendo cuidada cuando más lo necesitaba.

Finalmente, en un cuarto hospital me atendieron de urgencia. Todo ocurrió muy rápido. Me dijeron que la situación era grave, que había que intervenir, y perdí el conocimiento antes de la cesárea, sin saber exactamente qué iba a pasar. Allí di a luz a mis dos hijos. Como nacieron prematuros, tuvieron que permanecer ingresados durante semanas en el hospital. Yo también estuve mucho tiempo allí, recuperándome física y emocionalmente de todo lo vivido, con esa fragilidad que queda cuando una siente que ha estado demasiado cerca de perderlo todo.

En ese momento fue fundamental mi familia, sobre todo mi madre, que vino desde Mallorca para ayudarnos, para acompañarnos y para sostener todo lo que parecía haberse desmoronado.

Con el tiempo conseguimos estabilizarnos y venir finalmente a Mallorca, pero todo lo que ocurrió durante aquel viaje se ha quedado conmigo de una forma muy profunda. Porque, más allá de mi historia personal, hay algo que sigo sin poder dejar de pensar: ¿cómo es posible que la situación administrativa pese más que la vida de una persona? ¿Cómo puede un sistema mirar a una persona y ver antes un expediente que un cuerpo que necesita ayuda?

Hoy, en Mallorca, mi vida es distinta, aunque no sea fácil. Vivo junto a mi marido, que pudo venir desde Bolivia después de que nacieran nuestros hijos. Trabajo en limpieza por horas, intento regularizar mi situación y saco adelante a mi familia como puedo, con la paciencia y la fuerza que exige empezar una vida nueva después de haber atravesado tanto.

Y cuando miro hacia atrás no veo solo dolor, aunque el dolor esté ahí. Veo también resistencia, veo el camino que tuve que recorrer para llegar hasta aquí, veo a una mujer que no se rindió incluso cuando todo parecía estar en contra, y veo, sobre todo, a mi familia y a mi gente conmigo. Y eso, después de todo lo vivido, es lo que me permite seguir adelante.



RELATO VI

Tengo treinta y tres años, soy colombiana y soy madre de dos hijos.

Yo no vine a España por ambición ni por probar suerte, ni tampoco buscando simplemente «un futuro mejor», como a veces se dice cuando se habla de la migración de una forma demasiado simple. Yo vine porque en un momento de mi vida sentí que quedarme donde estaba era más peligroso que irme, sin saber exactamente qué me iba a encontrar. Antes ya había migrado una vez a Chile, y tampoco me fue bien, así que regresé a Colombia pensando que quizá lo mejor era quedarme quieta, resistir con lo que tenía, criar a mis hijos y trabajar en lo que pudiera.

En Colombia tenía un empleo estable como guardia de seguridad y, dentro de todo, podía decir que tenía cierta tranquilidad. Pero había una parte de mi vida que no estaba en paz. La relación que tenía en aquella época se fue volviendo cada vez más violenta y complicada, hasta hacerme sentir que mi seguridad y la de mis hijos podían estar en riesgo. Fue entonces cuando tomé la decisión de escapar.

Cuando decidí irme no quise contárselo a toda mi familia, porque ya había vivido antes lo que es pedir ayuda y sentir que no te entienden, que a veces te cuestionan más de lo que te protegen. No quería exponerme a eso otra vez, ni poner a mis hijos en una situación más vulnerable, así que salí prácticamente en silencio, confiando solo en una amiga que ya vivía en Mallorca. Dejé a mis hijos con mi madre, para que cuidara de ellos mientras yo iniciaba mi vida aquí, con el objetivo de traerlos cuando estuviera asentada.

Llegué con muy poco dinero, unos cuatrocientos euros, que era todo lo que tenía. Al principio me quedé en una habitación con esa amiga, aunque en realidad pasaba casi todo el tiempo sola, porque ella trabajaba como interna y solo volvía los fines de semana. Entre semana salía a buscar trabajo, caminaba, preguntaba, dejaba currículums, intentaba entender cómo funcionaba todo, mientras sentía que estaba empezando una vida nueva sin tener casi nada a lo que agarrarme.

Hubo un momento en el que no pude pagar la habitación porque me quedé sin dinero, y entonces me quedé en la calle.

Cuando una se queda sin techo, no pierde solo un lugar donde dormir. Pierde también una parte de seguridad, de intimidad, de dignidad cotidiana. De repente todo se vuelve visible y frágil: dónde sentarte, dónde lavarte, dónde dejar tus cosas, dónde cerrar los ojos sin sentir miedo. Yo no tenía una red que pudiera sostenerme, no tenía a quién llamar ni a quién acudir para pedir ayuda, así que decidí ir al aeropuerto para tener un sitio donde dormir.

Allí pasé una temporada viviendo como podía, moviéndome de un lado a otro con mi bolso y con lo poco que tenía encima, intentando no llamar demasiado la atención, buscando rincones donde descansar, lugares donde pasar la noche, momentos en los que poder conectarme a un wifi para hablar con mis hijos. Comía muy poco y lloraba mucho, no solo de tristeza, sino también de frustración, de no reconocer mi propia vida.

Lo más duro era hablar con mis hijos desde allí. Ellos me veían llorar sin entender del todo lo que estaba pasando, y yo intentaba contenerme, pero había días en los que no podía. Una puede intentar resistir su propio dolor, pero cuando ese dolor llega a los hijos, se abre una herida distinta.

Fue mi madre quien me aconsejó acercarme a alguna parroquia, y entonces pasó algo inesperado. Me encontré con una mujer que me conocía desde pequeña en Colombia. Me reconoció, me habló con cariño, y esa forma de mirarme fue muy importante para mí, porque durante un tiempo yo me había sentido como si hubiera desaparecido, como si solo fuera una mujer cansada con un bolso en la mano, moviéndose de un lugar a otro sin que

nadie supiera quién era. Ese encuentro me devolvió algo muy sencillo y muy grande a la vez: la sensación de ser vista.

Gracias a esa persona empecé a orientarme, a buscar información, a ver posibilidades, y poco a poco fui saliendo de ese agujero. Encontré primero un trabajo en una feria, limpiando y ayudando en lo que hiciera falta. Era duro, inestable y mal pagado, pero en ese momento cualquier trabajo era una forma de seguir en pie. Trabajaba unas diez horas diarias y el señor para el que trabajaba me pagaba trescientos euros. Allí tuve que aguantar no solo una explotación laboral evidente, sino todo tipo de comentarios racistas que este señor no se cansaba de decir.

Semanas después, logré irme de la feria y empecé a trabajar como limpiadora en una casa. El trabajo era más estable que el anterior, pero seguía sin tener un contrato formal, y cobraba un sueldo muy bajo para todo lo que hacía, pero en ese momento yo no tenía capacidad de negociar, solo necesitaba sostenerme.

Con el tiempo conseguí una habitación compartida en un piso de un solo baño en el que convivíamos ocho personas, todas ellas desconocidas para mí. Trabajaba tantas horas que prácticamente solo iba a dormir; vivía en piloto automático, como si el cuerpo hiciera lo que tenía que hacer mientras la cabeza se mantenía fija en una sola idea: poder traer a mis hijos.

Desde el momento en el que pisé Mallorca, cada euro que ganaba tenía un destino: pagar el alquiler, enviar dinero a mi madre y ahorrar para pagar los billetes de mis hijos. No había espacio para nada más. Fui guardando poco a poco lo que podía, renunciando a todo lo demás, hasta que logré comprar los billetes y organizar el viaje para poder traer a mis hijos conmigo, después de un año sin verlos.

Como eran menores, tuvieron que viajar con un servicio de azafata. Yo me había comprado también un billete para ir a recogerlos a Madrid. Pero cuando los niños llegaron al control migratorio en Colombia, los detuvieron porque les pedían unos documentos que yo no tenía. Y allí se quedaron, solos, sin nadie que pudiera ayudarles, pasando horas en migración, mientras yo desde aquí intentaba entender qué estaba pasando y cómo solucionarlo.

Finalmente perdieron el vuelo, y en ese momento todo volvió a complicarse. Como no tenía dinero para comprar nuevos billetes, tuve que pedir ayuda a una tía en Colombia, asumiendo una deuda importante que todavía sigo pagando a día de hoy. Gracias a ese dinero pude volver a comprar los billetes, esta vez mucho más caros, y pagar de nuevo el servicio de acompañamiento para que pudieran viajar. Al fin llegaron a Mallorca, y cuando pude volver a abrazarlos después de tanto tiempo, sentí que todo volvía a tener sentido para mí: ya estábamos juntos.

Pero aún había otro frente abierto, el de la vivienda. En la casa donde yo vivía entonces no había espacio para ellos. Recuerdo esa sensación de haber conseguido traerlos después de todo, y al mismo tiempo no tener dónde acogerlos, como si el camino no terminara de abrirse del todo.

Fue entonces cuando pedí ayuda y pude acceder a un programa de acogida para personas solicitantes de asilo. A través de ese recurso pudimos estar juntos en un mismo lugar por primera vez desde que había llegado. Nos asignaron una habitación para los tres, con horarios, normas y una forma de organizar la vida bastante rígida, pero también con algo que hasta entonces no habíamos tenido: estabilidad. Mis hijos empezaron a ir al colegio, a construir una rutina poco a poco, y yo empecé a recolocar mi vida desde ahí, sosteniéndome en ese equilibrio extraño entre el alivio de tener un lugar y la incertidumbre de no saber cuánto tiempo duraría.

Hoy sigo organizando mi vida como puedo. Estoy estudiando la ESO, y para mí eso tiene un valor muy profundo, porque no es solo formarme, es abrir una puerta que en algún momento se cerró, es recordarme que todavía hay caminos posibles más allá de sobrevivir día a día. También he conseguido un trabajo en una casa donde, por primera vez, me han hecho un contrato. Eso me ha dado una tranquilidad distinta, una sensación de reconocimiento y de suelo firme que antes no tenía, aunque al mismo tiempo supuso dejar el recurso de acogida, porque ambas cosas no eran compatibles, y volver a enfrentar el problema de la vivienda.

Y es en medio de todo ese ir y venir, de empezar y volver a empezar, donde a veces me doy cuenta de cómo ha sido mi propio camino. Cuando pienso

en mí, y en mi historia, me viene a la mente la imagen de un ave fénix. Siempre he sentido que hay algo en mí que insiste en levantarse, incluso cuando todo parece haberse caído, porque, de alguna manera, siempre he encontrado la forma de volver a empezar desde donde estaba.

Mis hijos necesitan quedarse, construir vínculos, tener una vida que no esté atravesada constantemente por el miedo o el cambio, y yo también quiero eso para ellos. Quiero que podamos asentarnos, que la vida deje de sentirse frágil. Todavía hay incertidumbre, todavía hay días difíciles, pero cuando pienso en el aeropuerto, en las noches sin dormir, en la soledad, en las llamadas a mis hijos, y miro todo lo que hemos conseguido atravesar, siento que algo dentro de mí se afirma.

Porque no se trata solo de haber resistido. Se trata de haber vuelto a levantarnos cuando parecía imposible, y de seguir buscando, paso a paso, una vida que por fin podamos llamar nuestra. Encontrar por fin un hogar que nos proteja.

